SUPLEMENTO DOMINICAL

EL DIARIO

ARTE Y LETRAS

La Paz, Domingo 2 de Diciembre de 1951.

Sobre la biografía difamatoria de Bolívar

Por Vicente Donoso Torres

"Hasta ahora he combatido por la libertad.... "He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono".

BOLIVAR

"Los hombres de mañana y de siempre verán, como nosotros, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar".

JOSE ENRIQUE RODO



EVOLUCION DE LA BIOGRAFIA

Las dos ciencias del hombre por antonomasia, la Historia y la Biografía, -que estudian los esfuerzos del hombre y de la humanidad en busca de su felicidad y de su libertad,- han seguido en su evolución la misma trayectoria de todo el proceso social, es decir, sus cambios, sus doctrinas y sus ideales. Tanto la Historia como la Biografía han pasado por la tradición, la mitología, la leyenda, la crónica, el testimonio real y documental.

En esta última etapa, los historiadores y biógrafos ponían todo su empeño en la búsqueda de documentos para aclarar la verdad de los hechos por narrar. Lo importante para ellos era la cita de fuentes, la presentación de datos desconocidos, la transcripción de las partes salientes de los libros consultados, las llamadas constantes al pie de los textos, en suma, la erudición y la exhibición del "hombre documento".

Esta etapa ha sido superada por cierto en nuestros días con los aportes de la psicología, sobre todo, del psicoanálisis, de la medicina y de la endocrinología. Lo interesante ahora en la investigación histórica y biográfica, no es precisamente el dato ni la cantidad de detalles, sino la interpretación psicológica, intuitiva, penetrante, del historiador en el acontecer y en el actuar de los hombres. Por otra parte, lo esencial no es el dato por el hecho de haberse producido, sino por el significado de realizaciones individuales y sociales que manifieste, vale decir, por su fertilidad. Tampoco es el todo la glosa de documentos, como no forman una escultura un bloque de mármol, un cincel y un martillo. Hay dentro de todo esto una intención, un propósito, un ideal, un impulso de fuerzas interiores. La Historia como sucesión de acontecimientos es la superficie, la periferie. La realidad del pasado es algo más que eso, es el conocimiento del subsuelo que lo sustenta, del espíritu que lo anima con sus tres maneras de actuar: el consciente, el subconsciente y el inconsciente.

Refiriéndonos sólo a la Biografía, debemos hacer notar que ella comenzó con simples relatos de vidas de héroes y santos, de reyes, emperadores y hombres influyentes en la política, y que, a medida del avance de la civilización y la cultura, empezó a ocuparse de los grandes artistas, músicos y hombres de ciencia, ya simplemente para exaltar las bondades del biografiado o ya también con una finalidad educadora y moralista. Lo fundamental era hacer resaltar al hombre héroe, al hombre santo, al político notable, al artista eximio o al sabio fecundo. El hombre en sí, con toda la gama de sus complejidades, sus antagonismos, su idiosincrasia, era preterido y sólo se presentaba al protagonista convertido en hombre paradigma, deshumanizado, siendo así que "un hombre no es un bloque de virtudes o de vicios, que no lleva en sí un molde moral y de ahí que no sea también el mismo hombre desde la adolescencia a la vejez, semejante por sus estados diversos de sentimientos en conjunto y ligados como una colonia de pólipos".

En síntesis, la Biografía, para no ir muy lejos, desde Plutarco hasta Carlyle y desde Carlyle hasta Ludwig y Zweig, ha ido cambiando de lo anecdótico a la crónica, del homocentrismo al predominio de las fuerzas externas, del hombre documento al hombre real, del hombre simple, especializado, al hombre complejo, verdaderamente humano, con sus cualidades y sus defectos, sus pasiones y sus ensueños.

En cuanto a la manera de narrar la vida de un personaje con la erudición de museo y biblioteca, que abruma al más avezado lector, la Biografía moderna se ha alivianado de tal manera que, perdiendo la pesadez de las citas, presenta vidas vividas, encuadradas al ambiente de la época, con sus intereses en pugna, las aspiraciones del pueblo, las tendencias de quien lo dirige, sus sentimientos, sus pasiones, sus posibilidades, su carácter y los resultados de su obra, acercándose así a lo que se ha venido en llamar "biografía novelada", llena de interés, movida, elegante y bella, que en medio de la complejidad humana que presenta, no pierde de vista la meta central, vocacional del biografiado.

Pero la condición fundamental de la narración histórica y biográfica, cual es la imparcialidad, la probidad, la ecuanimidad, la carencia de prejuicios para juzgar, el desprendimiento de toda idea preconcebida para justificar ciertas tendencias filosóficas, políticas, económicas o sociales; para levantar cargos y errores cometidos por los hombres o por los pueblos, continúa siendo la base del trabajo del investigador, el que debe fundamentar sus interpretaciones en documentos fehacientes.

Quienes hayan leído la maravillosa Historia de la Revolución Francesa de Michelet y las fascinantes biografías de la Reina Victoria por Lytton Strachey, de Miguel Angel por Romain Rolland, de Goethe por Emil Ludwig, de Magallanes por Stefan Sweig, de Disraeli por André Maurois, de Amiel por Gregorio Marañón, de Churchill por Philip Guedalla, de Napoleón por Hilaire Belloc, habrán saboreado vidas resucitadas con mano maestra, inteligente, flúida, desapasionada y verídica.

EL BOLIVAR DE SALVADOR DE MADARIAGA

PREJUICIO Y PARCIALIDAD

Con estos antecedentes, paso a echar una ojeada a la obra "Bolívar" de Salvador de Madariaga, no sin antes reconocer en él al más ilustre escritor contemporáneo de España por el aticismo de su estilo, al polígrafo que ha abordado con facilidad numerosos temas en el campo de las letras, al historiógrafo más estudioso y documentado en asuntos coloniales, al intérprete feliz de Cristobal Colón y Hernán Cortés, al autor enjundioso, en fin, del "Cuadro Histórico de las Indias".

Cuando vimos, hace seis años, el anuncio de que esta última obra constituía una introducción a la biografía de Bolívar, nació en nosotros un vivo interés por adquirirla en cuanto se publicase, porque suponíamos que iba a ser la obra cumbre del renombrado autor, tanto por sus antecedentes literarios cuanto por tratarse de la vida del prócer más grande que ha producido la América indohispana.

Aparecida la obra en dos gruesos volúmenes de más de 1.500 páginas, la hemos leído con bastante dificultad, a pesar de nuestro interés, por la enorme cantidad de datos sin importancia, de citas de fuentes, de llamadas constantes al pie de las páginas y a las notas finales del libro, que interrumpen a cada instante el hilo de la lectura, haciendo pesada la obra y recargado de documentos a su protagonista; lo cual quita fluidez y unidad a la narración y aparta de la concepción psicológica, ágil y profunda a la vez, de la biografía moderna caracterizada anteriormente, por mucho que su autor hubiera querido dar a la obra todo el relieve de una biografía novelada del hombre antes que del héroe.

Empero, el pecado capital de la obra está en su parcialidad manifiesta; en la animosidad con que juzga la vida de aquél a quien veneramos nosotros como al semidiós creador y protector de la patria; en la aversión que siente Madariaga por los patriotas y suramericanos en general seguramente por la enorme pérdida que sufrió España con la emancipación de sus colonias; en el purito que tiene de vindicar la conducta, al fin y al cabo desacertada, de los colonizadores en el riguroso régimen feudal que implantaron, y la dificultad que tenían los oficiales españoles para adaptarse a las inclemencias del ambiente, razón por la cual se remudaban con frecuencia, frente a la resistencia heróica e incejable de Bolívar, que quemó su vida hasta consumirla prematuramente, a los 47 años de edad, en aras de la libertad y grandeza de América.

Desde la rompida acomete el autor, "plumas en ristre", como diría el mismo, contra Bolívar para empequeñecer su magna obra de Libertador. Así empieza en el prefacio: "Bolívar se hiergue en la Historia en una perspectiva condicionada por una visión torcida del Imperio Español y por una filosofía política doctrinaria y por demás ingenua que ya no rige". De ahí y de otras consideraciones, infiere Madariaga que "no podía renunciar al deber histórico de reenderezar lo que la pasión había torcido".

Estas afirmaciones tienden a justificar que la colonización española no era tan arbitraria ni tan cruel con los subyugados como para provocar la guerra de la independencia que él llama "civil", y califica de ingenuas las ideas filosóficas que motivaron la Revolución Francesa y trascendieron a América. Pero está comprobado sobradamente que entre las causas que provocaron el levantamiento de las colonias americanas, figuran, en primer término, los despotismos político, económico, social e intelectual con que nos gobernó España durante más de tres centurias de esclavitud y explotación, así como no se puede negar que las ideas democráticas sobre soberanía popular sustentadas por los enciclopedistas franceses, los revolucionarios americanos y el Libertador, aun siguen en pie fundamentalmente, sin ser por lo tanto ingenuas ni dar lugar a rectificaciones de importancia.

En el curso de la biografía, Bolívar juzgado con saña por Madariaga, "es un sér de alma disociada, verdadero laberinto de fuerzas diferentes y con frecuencia antagónicas, por correr en sus venas sangre española, negra e india, con todo el carácter cambiante y movedizo del mestizo". Si contra todo lo que se aseguraba hasta hace poco que Bolívar era de una ascendencia netamente española, resulta de las investigaciones y deducciones interesadas de Madariaga, que tenía sangre tricolor, este hecho, lejos de ser denigrante para Bolívar, constituye un timbre de honor, por lo mismo que sin esta ascendencia americana no habría tenido el valor que le asigna la Historia a su obra redentora, salvedad que hace después el mismo Madariaga.

AMBICION Y PLACERES MUNDANOS

Luego, para sostener su deliberada premisa, hace aparecer a Bolívar como al enemigo acérrimo de España sanguinario, falaz, ambicioso y mediocre imitador de Napoleón. Afirma que, "ni Bolívar ni San Martín revelan su arcano al que no se da cuenta de que ambos fueron en el continente hispánico remedo del tipo napoleónico; que el ejemplo de Napoleón templó de ambición el acero de Bolívar y el de San Martín, sin cuyas dos ambiciones personales no se hubiera llevado a cabo la secesión por falta de caudillos que polarizaran y dirigieran fuerzas tan vastas y dispersas".

Evidentemente, el factor principal que influyó en Bolívar para llegar al pináculo de la gloria fue la ambición, pero no la ambición vulgar, personal que llama Madariaga, sino la ambición noble y santa de libertar un continente aherrojado por un Estado que, si bien nos trajo la cultura occidental, lo hizo a base de violencia, de despojo de las tierras de los autóctonos, de trabajos forzados, de encomiendas, de mitas, de impuestos, estancos y monopolios, de privilegios odiosos y procedimientos inquisitoriales en la administración.

La ambición por un ideal superior no es un defecto reprochable sino una virtud que debe exaltarse, una vez que constituye el acicate que lleva al progreso, el impulso vital de toda obra benéfica en favor de la humanidad. No hay hombre de ciencia, artista, sociólogo, estadista, general o emprendedor de grandes iniciativas q' no posea en algún grado esta fuerza anímica, propulsora del perfeccionamiento humano. Es, además, la característica biotípica de los hombres de genio como Colón, Cervantes, Goethe, Wagner y Napoleón, que encendieron la ambición de un ideal en su mente y lo alcanzaron a base de esfuerzo y sacrificio. Ojalá todos pudiéramos alentar una sana ambición. En verdad, "todos tenemos el deber de ser ambiciosos, dice un pensador, ambiciosos de gloria, de salud, de justicia, de magisterio, de apostolado, de altos puestos, de dinero, de lucha, de triunfos", para alcanzar la libertad y la felicidad.

No creemos necesario justificar la acusación que le hace a Bolívar de haber sido cruel, sanguinario, falso y odiador de España; basta recordar que la guerra es ciega y no repara en el empleo de éstos y otros recursos. Ahora mismo, en pleno siglo de las luces, hemos visto a las naciones más cultas hacer uso de los medios más crueles y horrorosos para vencer al enemigo, como los asesinatos en masa, los campos de concentración con todas sus torturas, las bombas incendiarias, la bomba atómica y otras armas terroríficas. Por otra parte, Bolívar no podía odiar a España ni luchó contra ella, tierra de sus antepasados y donde encontró su primer amor en María Teresa Rodríguez de Toro, su esposa precaria. Lo que odiaba Bolívar era la Tiranía y luchó por la libertad. Por ello tuvo razón Unamuno al afirmar que el Gran Caraqueño había sido quien primero intentó libertar a España misma de la monarquía opresora.

Cuanto a que Napoleón hubiera sido el arquetipo de Bolívar, no tiende nada de particular, una vez que para triunfar en la vida buscamos siempre ejemplos que imitar. Ya Unamuno expresó en su ensayo "Don Quijote Bolívar", que Napoleón fue para el Libertador lo que Amadís de Gaula para don Alonso Quijano. Y Ludwig agrega que Napoleón fue para Bolívar lo que Mefistófeles para Fausto, aunque el Libertador manifestó alguna vez que "él no era Napoleón ni pretendía serlo, pero sí quería superarlo en desprendimiento ya que no podía igualarlo en hazañas". Con todo, Bolívar fue tan grande como Napeleón en sus luchas y desvelos por la emancipación del Nuevo Mundo.

La influencia de los grandes hombres en la infancia y en la juventud es decisiva; de ahí que es aconsejable hacer conocer en la escuela y el colegio la vida de los hombres representativos de la Historia. Napoleón en su niñez, al jugar con soldados, fusiles y cañones, soñó con llegar a ser un día un gran general, y lo fue, el más grande de su época. Así también Bolívar, muchacho de veintidos años, soñó con libertad a América desde su juramento en Roma, sueño, vale decir, ambición, que más tarde se cumplió.

Madariaga, en su afán de denigrar a Bolívar, que fue ante todo y sobre todo un hombre de carne y hueso capaz de todos los errores, no pone reparos en describir algunas escenas privadas del Libertador, -muy explicables psicológicamente como desahogos a las faenas, los sufrimientos y contingencias de toda guerra, a veces resultados de la psicosis que se presenta en estos casos,- para reprochar "la exagerada afición de Bolívar, dice el autor, al baile, su apetito sexual, su tendencia a la vistosidad y a los goces corporales". Por ejemplo, al referirse a la entrevista de Bolívar con Morillo en Santa Ana (noviembre de 1820), donde se acordó el armisticio de seis meses "para regularizar, precisamente, la guerra de horrores y crímenes", pinta el cuadro con tonos subidísimos poniendo en boca de un observador inglés anónimo, que, después de haber bebido hasta el exceso en el banquete ofrecido por Morillo, se abrazaron y besaron ambos, subidos en la mesa, hasta caer al suelo, "abrazados y coronados, sino por los laureles de Marte, por los pámpanos de Baco, ante el asombro y asco de los oficiales republicanos".

Demos por descontado que a Bolívar le gustaba bailar, galantear y conquistar a las damas en las fiestas que le ofrecían los pueblos, o en otros centros, cosas muy naturales en un hombre apuesto y atrayente que enviudó joven, a los diez meses de haberse casado, y que era halagado frecuentemente por sus triunfos militares y sus actuaciones políticas, fuera de ser expansivo y hasta infantil en sus alegrías, como cuando brincaba, daba vueltas y saltaba de contento al recibir buenas noticias sobre el comportamiento de sus tropas en campaña; pero de ahí a que hubiera llegado al exceso en sus diversiones, hasta el extremo de perder su dignidad de jefe y de héroe, hay mucha distancia. Y así lo confirma O'Leary, el digno y caballeroso edecán del Libertador, a quien le conocía en todas sus intimidades. En sus "Memorias", al hacer el retrato moral de Bolívar, expresa: "Era muy sobrio, sus vinos favoritos eran grave y champaña; ni en la época en que más vino tomaba, nunca lo vi beber más de cuatro copas de aquél o dos de éste. Destestaba a los borrachos y a los jugadores, pero más que a éstos a los chismosos y embusteros". Condenación esta última de completa actualidad. Y Perú de Lacroix, ilustre edecán del Libertador, en "El Diario de Bucaramanga", afirma: "S. E. no fuma ni permite que se fume en su presencia; nunca hace uso de aguardiente.... y en la comida toma dos o tres copitas de vino tinto sin agua y una o dos de champagne".

LA CAPITULACION DE AYACUCHO

Pero lo más inaudito e irritante en la obra que comentamos es la forma desaprensiva y calumniosa con que enjuicia la capitulación de Ayacucho, considerada hasta ahora por todos los historiadores como la victoria más limpia y gloriosa de la guerra por la independencia, gracias a la táctica hábil que empleó el general Sucre para vencer en tres horas de combate (Madariaga reduce a dos), con 5.780 soldados a un ejército aguerrido y superior de 9.300 plazas, dirigido por grandes generales como Canterac, el Virrey La Serna, Valdés.

Pasa a la página 14.

"Bolívar", el último libro del escritor español Salvador de Madariaga, como no podía ser de otro modo, ha provocado en Bolivia justo revuelo y condenación unánime. "El Diario" tiene recogidas las principales manifestaciones de tal repudio bolivariano.

Versado en el conocimiento de la vida del Libertador, el profesor Vicente Donoso Torres fué comprometido por la dirección de este Suplemento de Arte y Letras Nacionales para escribir un estudio crítico de dicha biografía difamatoria, que, por su noble aliento mereció los honores de la anticipación en la Universidad de la ciudad de Tarija y la Biblioteca Municipal de La Paz, con los auspicios de la Sociedad Bolivariana de Bolivia.

Toma ahora estampa privilegiada y a su valor histórico-literario suma su actualidad honda de refutación seria a los apasionados juicios del biógrafo de Colón y Cortés.

Nuestro estimado colaborador tiene antecedentes que le distinguen en el magisterio, donde llegó a ocupar la presidencia del Consejo Nacional de Educación. Abogado y poeta fué proclamado por sus discípulos "Maestro predilecto de la Juventud Boliviana".

Antología Mínima

MANUEL J. CASTILLA



A la oreja de Van Gogh en un frasco de alcohol

Es como un caracol
dormido en medio de otro mar dormido.
Pero también es nido
que nido siempre ha sido el caracol.

Tiene canciones sueltas,
tiene voces oídas de pasada
en las hondas esquinas y en las vueltas
de los caminos, por la madrugada.

Por muchos años estiró la espera
de oír el mal desde la serranía,
mas su marinería
fué una marinería de pradera.

Oh, la suave ternura
de las manos del niño apresurado.
Oh, presente amor de la locura
y del cuchillo helado.
Querer ser pez y convertirse en trozo
de luna amarillenta.
Y quedar en un pozo
como una hoja dorada que se ausenta.

Perdida hoja seca,
duermes el sueño de las mil palabras.
Desde tus curvas claras se desfleca
la luz azul de las abracadabras.

El Caballo Muerto

Si tu cabeza no estuviera muerta
y el aire fuera libre pradería,
se dijeran los juncos que en la arena
está tu calavera todavía.

Para un caballo muerto en el otoño
entre senderos y bejucos claros,
florece el campo de hojas estrujadas
y crece un cielo de ojos de caballos.

Como una mano el costillar de azúcar
suelta en el aire pájaros oscuros.
Si el caballo sintiera, pensaría
que lleva niños a los cuatro rumbos.

La hierba que sus cascos apretaran
se torna mies y por sus ojos crece.
Y el caballo no sabe que a esa hora
hay un caballo que desaparece.

La Espera.

"LEJANAS, VIAJERAS TARDES DE LOS PATIOS".
CARLOS LUGO

En todos los rincones de la casa hay una muerte envejecida
y un sol recién viajado sobre las piedras
deja para nosotros
un poco de su caliente corazón.

Cuando el aire nos trae la primera hoja
tensa de álamos,
la plaza se viene hasta nosotros
con sus senderos desvaídos de llovizna
y nos estremecemos.

Mas la casa está igual. Sobre sus muros
hay palabras escritas por un niño perdido:
"Juan salió a la calle"
y la casa está igual todas las tardes.

El hombre sentado espera
mirando la última montaña que tiene su misma soledad.

Cuando caigan los frutos de la huerta
la espera se hará viaje
y el retorno será agridulce como el fruto.

Cuando las hojas doradas, por los corredores
busquen la suave muerte en los rincones,
el hombre se habrá ido.

El sol vendrá y regresará todos los días
y el corazón tembloroso de la piedra
lo sentirá en sus arterias, como una mujer.

Cuando caigan los frutos del árbol.

Doña Hipólita Trajines de Lanas, dama aristocrática y de rancia prosapia azul...
La llegada de los "príncipes" a la ilustre ciudad.
Farra corrida y cholas.

Ya no de "COPAJIRA" ni de "LA TIERRA DE UNO" los últimos libros del poeta Manuel J. Castilla, que nosotros sus leales amigos de La Paz y los mineros de Oruro y Potosí decimos nuestros, se sustenta y tiene estampa telúrica esta "antología mínima". Dicen de la universalización del argentino humano otras poesía, impresas en "EL ARBOL Y LA NIEBLA" y "EL ESPEJO INSOMNE", que también leímos inéditas cuando el hombre vivió largas horas en Bolivia: ronca voz del ronco corazón andino de una Argentina que trajeron contados poetas y pintores.

La loca del 16...

Cuento por Héctor PENALOZA

La pequeña población yungueña estaba agitada. Todo era movimiento y comentario entre sus pobladores. La limpieza de las calles se cumplía con pasmosa regularidad, y el frontis de las casas era pintado de vivos colores con cenefas oscuras. Los interiores se adornaban también prolijamente llenando mostradores y andamios con artículos de comercio. La alegría reinaba intensa ante la proximidad de la feria. Se trataba del 16 de julio, aniversario patrocinado por la Virgen del Carmen. Para entonces la iglesia debía estar con profusas galas.

En la feria anunciada no faltaría nada para comprar y vender como todas, sería fiebre de la aferta y la demanda.

No por esto parecería que allí todos eran ricos, al contrario; allá siempre había pobreza en un porcentaje mayor de sus habitantes; las ferias sólo resultaban positivas para las finanzas de los pocos potentados quienes abrían la bolsa bien conservada y cuando la volvían a cerrar lo hacían con grandes utilidades.

La nobleza del dinero dejaba atrás la nobleza de la sangre; aunque ni la una ni la otra valían tanto como la virtud adquirida, o la virtud hecha carne, de esa que sobre el madero en cruz hizo exclamar a Cristo: "Elojim, Elojim, lamma sabactani" (¿Dios mío, Dios mío, por qué me abandonas?), cuando a sus pies la pecadora purificada, Magdalena, distribuía los caudales que aceptaba de los hombres arrodillados a sus plantas, para merecer en su frente las gotas sagradas de la sangre de Jesús que expiraba en el Gólgota...

Las campanas de la iglesia, contagiadas de alegría ponían sus notas sonoras. El Cura, en permanente meditación, preparaba su sermón a la feligresía. Los sacristanes, el cantor, todos en fín, iban y venían dentro el templo, dando la impresión de estar muy ocupados.

Faltaban cuatro días para la celebración de la fiesta y llegó el anuncio de la vecindad del "altarero" Este, era siempre un indio católico del Altiplano, que un año antes hacía público su propósito de llegar con tan honorífico título, consistente en llevar consigo y a su costa enorme cantidad de gente, acompañada de músicos igualmente indios, cuyos instrumentos de viento, hacían resonar en el ámbito tropical piezas del folklore boliviano. En sus cargamentos cuanta plata labrada y manteles bordados traía para levantar el altar donde descansaría la imágen sagrada del Cármen, a su paso, al salir en procesión por las calles del pueblo. Todos los acompañantes debían ser alimentados y emborrachados por cuenta del "altarero"; aunque para ello aquel tenga que verse endeudado al extremo de tener que pedir limosna pasados los años, como se comprobó en alguna ocasión. Entre ellos estaba quien tendría que ofrecerse para el año siguiente, llevaba casi en su totalidad productos para el comercio. Y así se dió comienzo a la construcción del altar, bebiendo todos sin control.

Pasadas las doce horas del día de la víspera, principiaba la entrada del "alferez", uno o varios. Estos eran indígenas de las haciendas circundantes que recibían tal designación voluntaria el año anterior.. En su ingreso iniciaban una fila de ceras, adornadas y de varios tamaños que llevaban por parejas hasta la iglesia. Luego de ciertas ceremonias de recepción y bendiciones, salían de allí para dirigirse en corporación a su alojamiento, encabezados por una tropa de bailarines a cargo del "alferez", lugar donde comenzaba el derroche de bebidas y viandas ofrecidas por este.



Tenían así un gasto, por lo regular, de diez a quince mil bolivianos de entonces (estos recuerdos se remontan a unos treinta o mas años). Gastos locos de los aborígenes que no beneficiaban a nadie, salvo el pequeño impuesto municipal y los aranceles religiosos.

La noche de la víspera, tanto el "altarero", como los "alfereces", encendían cantidades de fuegos artificiales en medio de un gran gentío reunido delante de la iglesia.

Desde temprano se veía un inusitado trajín de mujeres del pueblo acomodando pequeñas mesas para el espendio del consabido "ponche", en las cuales se hacían presentes grupos de jóvenes entonando canciones, entre las que sobresalían las de la inmortal Adela Zamudio:

"Soy el cisne que canta doliente".
"Esperando de la muerte el momento"
"Yo que siempre he vivido llorando"
"Quiero al menos cantando morir".

Y más allá, charangos y quenas, decían su alegría gimiendo.

Todo en fin, en la noche de la víspera constituía alegría y tumulto, con la participación sin exceptuar, desde los principales del lugar y visitantes fiesteros, hasta el último de los indios.

Los fuegos de artificio habían sido quemados y sólo restaba por ver la tropa de los "loco palla-palla", bailarines que se disfrazaban de trapos recogidos como dice su nombre: palla-palla. Un casco o sombrero de dos picos, con un plumaje de cierta clase de cañahueca que crece en las márgenes de los ríos, cuyos plumones en la noche tienen aspecto imponente; un sacón o especie de camisa, llevando en la espalda un rectángulo cortado en puntas hacia abajo, forrado con trapos en un esqueleto de "magué", y el pantalón largo, todo de color negro; en la diestra el bastón que es el arma de pelea y las zampoñas grandes en las que soplan una música guerrera, muy semejante a la de los indios del Altiplano en el momento de representar el castigo de los "cusillos" a un menor. Sus avances lo hacían siempre a carrera y en cada parada formaban un círculo sobre el que daban vueltas al compás de esa música medio salvaje, haciendo especie de venias a cada paso.

Tres de estos disfrazados de locos, habían fijado sus malos pensamientos en la hija de uno de los acompañantes del "altarero". Ella, una indiecita aymara de diez y siete o diez y ocho años de edad, llena de encantos.

Aquella noche la muchacha, se acostó a los pies de la cama de su padre, formada con las caronas de sus asnos. Dormía tranquila, sumida en los sueños de su edad.

Al desvandarse los "locos" para cambiar sus ropajes característicos, lo que cumplían en el borde de algún precipicio para no quedar verdaderamente como tales, se rezagaron tres, todavía disfrazados y arrebatándola de su lecho a la niña india, se la llevaron en brazos amordazada, afuera de la población.

El padre desesperado y sin atinar por donde había sido llevada su hija, siguió por uno y otro lado sin poder dar con la "lulu" (hija).

Al amanecer el día 16, alguien indicó al "alfarez" que una india muy joven parecía loca ambulando cerca del cementerio. Allí acudió el indio y al descubrir a su hija, desesperado la llamó a gritos pero la "lulu" parecía no oir. Se acercó y la vió con la camisa hecha trizas y la pollera salpicada de sangre. La tomó de la mano, mas ella, enfurecida, se abalanzó contra su progenitor y le hincó las uñas en la cara. Rodaron los dos por el suelo. La Policía la hizo presa y conduciéndola después de vencer su fuerte resistencia. Estaba loca como consecuencia de un tremendo arrebato. La encerraron en un apartado para detenidos, donde las mujeres del pueblo apenadas del dolor ajeno, tales son las gentes sencillas de Yungas, le llevaban alimentos y trataban de curarla con remedios caseros. Ella, la loca, era temible, luchaba desaforadamente con quien se ponía cerca.

Pasaron los días con ese espectáculo cuyo origen hacía extremecer a quien veía a esa pobre india, envejecida por los ataques nerviosos y la falta absoluta de alimentos.

Como un capricho del destino, por ese mismo tiempo, la policía albergaba un loco "benigno" como se lo distinguía. Este, bajo la vigilancia de agentes, salía de su encierro a tomar sol, donde le presentaban alimentos, de los que prefería solamente el pan y un jarro de agua. Cuando alguno de los chiquillos allí reunidos le decía algo, el pobre demente les arrojaba pan y agua en la cara y partía a correr, apareciendo a veces en la colina más alta del pueblo, brincando de aquí para allá, derribando arbustos y cantando a todo pulmón.

Pasadas las fiestas las autoridades enviaron a los dos locos a la capital de la provincia. Aseguraron sobre un mulo a la loca e hicieron cargar las ropas de ésta al loco, que yendo detrás arreaba al mulo exponiéndola a violentos movimentos.

Transcurrieron los días y regresaron los locos con los mismos conductores, porque en la capital no quisieron recibirlos las autoridades.

Los cuidados fueron más continuados de parte de las mujeres caritativas que pugnaban por curarla y hacerle tomar algún alimento; mas, todo era inútil. El padre, llenos los ojos de lágrimas, siguió la caravana del "altarero" que retornó al Altiplano.

Una mañana, apreció muerta la loca, tendida de espaldas, con las piernas entrelazadas, mordiéndose los labios y los ojos desmesuradamente abiertos como defendiéndose de las iniquidades que las noches encubren.

Lejos, muy lejos, en una senda poco trillada de la pampa pelada y fría, caminaban tres individuos con muestras de honda fatiga y desaliento, como obedeciendo el mandato de Dios, coronado de espinas: "Anda y andarás hasta el fín del mundo".

En las noches buscando agujeros naturales de la tierra para defenderse del frío se enterraban con sus propias manos; pero el sueño no llegaba a sus ojos ni la tranquilidad a sus espíritus.

Y cuando en el día, doblegados por el cansancio, intentaban sentarse en el desierto camino, la voz añogada de la virgen india antes de enloquecer, parecía repetirles: ¡Anda, anda, anda!.

Burlaron a la justicia humana, pero el proceso de su propio castigo los llevaba a morir como mueren los viles...

Cochabamba y el músico Teófilo Vargas

Por Juan Guerra Villanueva

Nació don Teófilo Vargas en la soleada campiña de Quillacollo, en una casa acogida a la sombra del templo lugareño; quizá esa sombra e inspiración conformaron muy temprano su vocación artística y religiosa. En las frescas madrugadas como en los ocasos de oro, el niño corría al templo y se extasiaba en el ambiente aromado de incienso, tachonado de luces, con los reflejos de los rasos y la albura de las albas y la policromía de las flores que adornaban los altares, y absorto, escuchaba los sones agudos del órgano y los gorjeos de los cantores y hasta le echaba una mano al fuelle del herrero con que se [illegible] los pífanos. Andando el tiempo, formaría parte del coro, primer escalón de su carrera artística.

Su padre era músico folklorista, tocaba con mucha habilidad la kena, ese instrumento más dulce que la flauta de orquesta y de tono más humano que el clarinete y cuya ejecución requiere de oido muy fino y de mucha agilidad digital. Don Joaquín fué también un excelente tocador de la zampoña o laquita y un revolucionario para su época, pues, tuvo la audacia de organizar una banda de este instrumento con jóvenes del pueblo; hasta entonces y aún ahora, fué y es de exclusiva ejecución indígena. Don Joaquín aumentó el repertorio vernacular con cuecas y bailes que se adaptaban a la escala diatónica de la zampoña. Esta influencia dejó profunda huella en el sentimiento musical del muchacho y definió una de las características más notables de Teófilo Vargas: su dominio del folklore nacional y la profusa producción que deja en esa materia.

Su precocidad y afición musical llamaron la atención de la familia, y apenas terminada la escuela primaria, fué llevado a la ciudad donde muy pronto asimiló conocimientos y resultó un destacado violinista. No esperó dominar la teoría de la composición para empezar con su labor creadora. Inspirado en los temas Dios y Patria, comenzaron a fluír de su pluma piezas religiosas, principalmente sobre temas fúnebres entre las cuales se destacan una marcha fúnebre y un Parce, dedicados a la memoria de su venerado protector Mons. Granado. Mayor divulgación tuvieron sus deliciosos villancicos que en el repertorio nacional han desplazado a los de origen extranjero y aún se ejecutan en centros del exterior tan lejanos como Estocolmo (Suecia).

La Patria, principalmente su tierra natal, Cochabamba, le inspiraron sus dos melodramas "Aroma" y "Coronilla", notables por constituír la primera manifestación de la introducción en la polifonía, de temas folklóricos, como puede observarse en sus preciosas oberturas; tanto en el aspecto musical como en el costumbrista, los melodramas irradian a lo vivo la vida nuestra y son gratísima reviviscencia de las glorias cochabambinas del 14 de Septiembre, Aroma y del sacrificio heroico de las mujeres cochabambinas en la Coronilla de San Sebastián. Refundida la música al marco literario de extraordinaria inspiración poética, galano estilo y profunda versación histórica, los melodramas representan lo más destacado y meritorio que hay en el drama histórico y musical de Bolivia.

Diré de paso, que fué durante cuarenta años, maestro de capilla de la Catedral diocesana, profesor de música de los colegios fiscales, generoso protector y maestro de dos generaciones de músicos y mantenedor del Conservatorio Musical en sus 45 años de vida, generosidad y mantenimiento que le costaron graves quebrantos económicos.

Su vida ha sido una interesante creación artística como atestiguan sus cuatro tomos de "Aires Nacionales de Bolivia", aparte de su trabajo constante de preparar actuaciones públicas ya con orquestas, ya con coros y la enseñanza musical que no ha dejado hasta hoy. Ahora mismo tiene listo para su edición sus dos últimos que comprenden sus dos poemas sinfónicos, oberturas de sus melodramas, melodías populares y armonización de muchos de sus yaravíes para voces, entre los cuales "Manchay Puito" es un broche de sublimidad.

En el ocaso de su larga existencia dedica al Bien y a la Belleza, sin reservas ni desmayos, el maestro Teófilo Vargas, puede repetir las palabras del apóstol de los Gentiles: "He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor.."

La única razón que ensombrece su mirada, empañada por el trabajo, sin punto de reposo que fijó aún a sus postreros días, consiste en no haber podido publicar sus dos últimos tomos. Desengañado de ayudas oficiales que para obras de cultura no existen, y de la social que no sirve sino a calamidades foráneas, a guisa de ostentación, el maestro Vargas sabe que su gran deseo no será realizado; Cochabamba no se inquietará; pero las instituciones culturales, los hombres cultos y generosos, los artistas que conocemos el valor continental de su obra, estamos en la obligación de desagraviar al ilustre anciano prometiéndole que sus obras se editarán y se distribuirán dentro y fuera del país para honra de Bolivia y gloria de su nombre.

Vaya este homenaje modesto de veneración y afecto al noble Maestro, en ocasión de haber cumplido 84 años de vida apostólica y edificante.

Cochabamba, Noviembre 1951.

La Primera Bienal hispanoamericana de Arte

Por ABEL REYES ORTIZ M.

La escasez de papel—debida a la poca disponibilidad de divisas que han de ser utilizadas en algo que nutra más que un mero aliento espiritual—, que no permite el derroche de espacio en grandes titulares sensacionalistas, la censura ya algo menos fuerte, pero aún eficaz mordaza, y la pobreza de las agencias noticiosas que sirven a la Prensa española, hacen a ésta desabrida y poco interesante. Apenas si le da valor las apreciabilísimas colaboraciones literarias —Alberto Insúa, Ramón Gómez de la Serna, César González-Ruano, Julio Camba, Eugenio D'Ors—y son éstas las que primero se buscan al abrir un periódico.

Sin embargo, el último tiempo se han derrochado grandes titulares y se han cambiado frases fuertes y hasta insultantes, como quien dice, "de vereda a vereda". ¿Cuál el origen de este inusual fenómeno? Pues nada menos que la Primera Bienal Hispanoamericana. Aquí existe algo paradójico: una expresión de cultura da lugar a manifestaciones incultas.

Pero, no olvidar el método.

GENERALIDADES

El 12 de octubre de 1951, Francisco Franco, Caudillo de España, inaugura la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte en sus tres emplazamientos madrileños: el Museo de Arte Moderno, el Palacio de Cristal del Retiro y el Museo Arqueológico.

Antes de esta fecha, ya los periódicos habían hecho una larga y sonada campaña laudatoria sobre este certamen. En todas las repúblicas americanas se había acogido la noticia con satisfacción y de todas ellas comenzaron a llegar cuadros y esculturas que muy pronto sumaron millares (los organizadores aprecian más de dos mil obras españolas y cerca de quinientas americanas). Referente a los premios, se pueden consignar los siguientes:

Del Instituto de Cultura Hispánica: 100.000 pesetas para Pintura, 100.000 para Escultura, 100.000 para Dibujo y Grabado y 100.000 para Arquitectura y Urbanismo. Además hay premios de las provincias españolas, del Ayuntamiento de Madrid, del de Barcelona, de la Dirección General de Previsión, que en total suman 1.300.000 pesetas.

Los de las repúblicas americanas —incluído Estados Unidos como "invitado especial"—ascienden a los 5.000 dólares.

Quizá nunca la intelectualidad española ha estado más sobre ascuas —sobre venerables y respetabilísimas ascuas, claro—como en esta oportunidad. Realmente, el entusiasmo e interés con que se ha acogido la monumental Exposición ha dejado atónito hasta a su propio organizador, don Alfredo Sánchez Bella, que no imaginó tan rotundo éxito de su idea y diligencia.

SALVADOR DALI Y PABLO PICASSO

Al tener conocimiento de la Bienal, Pablo Picasso, residente en París, lanza un "Manifiesto" en el que la combate, proponiendo una especie de contra-Bienal a efectuarse en la capital francesa, e ironiza sobre el nombramiento de Estados Unidos como "invitado especial".

Salvador Dalí, participante y expositor en la Bienal—aunque sin opción a premio por renuncia propia—se siente obligado a contestar, y anuncia una conferencia sobre el tema "Picasso y yo", a pronunciar en el teatro María Guerrero, el día 11 de noviembre.

¡Ah, memorable mañana aquella de domingo otoñal! El teatro María Guerrero, completamente lleno hasta en sus pasillos, donde se instalaron altavoces, reventaba por sus cuatro costados, de alumnos de Bellas Artes, de estudiantes, de diplomáticos, de altas personalidades en el mundo de las letras y las artes, de todo bicho consciente que aspira a ser llamado intelectual. Afuera, una enorme multitud, entre bocinazos de automóviles lujosos y vocinglería alegre estudiantil, aguarda esperanzada bajo la lluvia pertinaz y fina que cala dulcemente, casi con vergüenza, pero implacable.

Y el pintor de Cadaqués empieza.

"Picaso es español. Yo también. Picasso es conocido en todos los países del mundo. Yo también. Picasso tendrá unos setenta y dos años. Yo tendré unos cuarenta y ocho años. Picasso es un genio. Yo también. Picasso es comunista. Yo tampoco."

Perfectamente calibrado este comienzo, es de un gran efecto, y el público aplaude a rabiar (hasta aquel estudiante de Bellas Artes que se presentó con la paloma picassiana sobre el hombro, aplaude). Luego el conferenciante habla de la originalidad de Franco al dar a España un Gobierno estable y pacífico. "Esto a mí me parece originalísimo." Y, desde luego, más aplausos.

"El tema de la pintura española tiene que ser misticismo y realismo... como mi propio nombre de Salvador lo indica, quiero salvar la pintura moderna de la pereza y el caso, quiero integrar la experiencia cubista a la divina proporción de Lucas Paccioili y sublimar el surrealismo ateo... estoy de acuerdo con Eugenio D'Ors, que dice que lo que no es tradición es plagio..., una nueva época de la pintura mística comienza conmigo..., la razón de que Picasso milite en el comunismo es su gusto por la miseria, por lo pobre y lo sucio..., el cubismo, inventado por Picasso y Juan Gris, ha sido considerado durante años como patrimonio de la inteligencia francesa..."

Para terminar, llama a Picasso para que abdique del comunismo y vuelva a España, como quien dice al chiquillo que juega en el barro de la calle que vuelva a la señorial mansión que fué su cuna. Al efecto, el siguiente telegrama:

"Señor don Pablo Picasso. Rue des grandes Augustins. Paris. La Espiritualidad de España es hoy en el mundo lo más antagónico al materialismo ruso. Tú sabes que en Rusia se purga hasta la mismísima música por razones políticas. Nosotros creemos en la libertad absoluta y católica del alma humana. Sabe, pues, que, a pesar de tu actual comunismo, consideramos tu genio anárquico, patrimonio inseparable de nuestro imperio espiritual y tu obra una gloria de la pintura española. Que Dios te guarde. Salvador Dalí (pintor), Dionisio Ridruejo (poeta), etcétera."

Así, sin un solo acento, con errores ortográficos—que algún cronista atribuye a genialidades extravagantes—, y con una pésima redacción, aunque redondeada y clara caligrafía, fué dada a la Prensa la copia fotostática del famoso telegrama. Ya antes de su conferencia, al recibir a los periodistas, Dalí había reconocido su mala ortografía y sintaxis. El sólo pinta, pinta.

Claro, zapatero a tus zapatos y la bomba atómica que haga lo que quiera.

UNA POLEMICA

El mundo intelectual español se ha desquiciado con el telegrama daliniano. ¿Llamar al enemigo de España asesino del academicismo pictórico? ¿Pedir que venga quien fué y es comunista? ¿Quién consideró un honor el título de director del Museo del Prado, allá por esos años de finales del 30, cuando las hordas rojas dominaban Madrid? ¿Pedir qué?... No, no. Jamás. Y salen a refulgir, inevitablemente, si que innecesariamente, las figuras de José Antonio Primo de Rivera, del Papa Pío XII, admiradores del arte nuevo, del arte moderno. Sotomayor, actual director del Museo del Prado, condena el arte nuevo; el periódico "Madrid" le apoya; Pancho Cossío, Vázquez Díaz, Percebal, Capuleto y otros muchos protestan y se defienden. Los ex combatientes en la Cruzada Nacional no admiten la presencia de Picasso en España y menos una invitación. Por allí surgen quienes defienden el telegrama de Dalí. Brinca Dionisio Ridruejo (poeta), segundo firmante, y dice que su corazón está influído por "alguna dulce parábola del Evangelio", y por eso llama a Picasso, porque cree en la libertad del hombre y porque Franco "es la antítesis de Stalin, no en algo, sino en todo".

Luego, el señor Dionisio Ridruejo (poeta), acaba diciendo que el señor Federico García Sanchiz no le gusta, y que más le gusta Picasso que el gran orador y charlista.

Y, sobre todo este intríngulis, sobresale, impoluta y espléndida, la Primera Bienal Hispanoamericana, que, a pesar de sus defectos—demasiada generosidad del Jurado seleccionador, no cabe duda ha cumplido su cometido de dar a conocer al mundo la pintura española (mucho más moderna y mucho menos clásica de lo que se cree) y reunir de una vez por todas, esta pintura americana tan unida a la hispana por los conocidos y manoseados lazos de tradición, cultura y espiritualidad.

La aportación boliviana—con Guzmán de Rojas a la cabeza—y la de los países concurentes, merecen, no un acápite aparte, sino un título diferente.

Por ello, dejemos el periódico y vamos a desayunarnos.

Madrid, noviembre de 1951.

De Teresa Linford y su Escuela de Baile



TERESA LINFORD SAGARNAGA

Recuerda aún el público de La Paz, aficionado al buen teatro y muy especialmente al género folklórico español, la magnífica presentación de Teresita Linford Sagárnaga con su Escuela de Baile. Demostró en esa oportunidad sus condiciones y habilidad en tan difícil especialidad, así como también pudo presentar un conjunto bien preparado y mejor seleccionado. Podemos decir que fué una función de las mejores ofrecidas al público paceño que ya conoce de la materia, conocimiento demostrado al aplaudir y elogiar lo bueno y al desechar lo que no reune todas las condiciones necesarias.

Entusiasmados al presenciar el triunfo de esta artista, requerimos de ella y sus principales intérpretes, una entrevista que pueda llevar hasta nuestros lectores algo de su vida artística y de sus inquietudes.

El bello barrio de Miraflores es su hogar. Una graciosa casita estilo más bien montañés, sirve a Teresita de residencia y de centro principal para sus enseñanzas a un sin número de alumnas que, siempre alegres quizás inspiradas por ese ambiente de sabor español, llegan hasta ella para ir perfeccionando sus conocimientos artísticos.

La joven y a la vez ya prestigiosa intérprete del baile peninsular, goza del cariño entrañable de sus discípulos, que los hay mayores pero generalmente son aún niñas.

Pero dejemos que Teresita nos diga algo: "Mis primeras enseñanzas y conocimientos los adquirí en La Paz con la señora Alcira Aparicio de Ricoy Soto. Entusiasmada cada día más, pedí a mis padres me llevaran a un centro mayor donde, es natural, encontraría mejores posibilidades. Elegí Santiago de Chile por diversas razones, sobre todo porque allí tengo parientes y estoy más vinculada a ese querido país que a otros del continente. Seguí cursos de ballet para especializarme luego en el género español por que es lo que más siento y lo que más me inspira. Trabajé con Carmen Ruiz y Alhambra Fiori, la última famosa profesora de baile. Visité muchos centros artísticos que me sirvieron inmensamente, agregando a ello la cooperación que recibí de mi madre, compañera siempre que junto al piano, día a día, me sirvió y me sirve para realizar mis ensayos tan cansadores y mis presentaciones al público".

"Volví a La Paz después de largos estudios y ofrecí dos recitales que no merecieron la atención de la prensa. Grande fué mi decepción, pero guiada por mis insistentes deseos de seguir adelante, fundé mi Escuela de Baile Español. Rudo trabajo al principio, frente a los obstáculos y a la incomprensión. Logré reunir un conjunto interesante de jóvenes, con quienes pude preparar mis últimas presentaciones y a quienes debo, en su mayor parte, el éxito logrado últimamente en las dos funciones del Teatro Municipal. No quiero pensar que todo resultó intachable ni presumo de haber logrado la perfección que aspiro; de lo que sí estoy segura, es de haber iniciado una etapa de verdadero resurgimiento en nuestro teatro, contribuyendo así a todos los sacrificados elementos que, como yo, nos hemos dedicado a tan incomprendida labor. Esta es mi satisfacción y con el apoyo recibido recién ahora de la crítica y la prensa en general sumado al esfuerzo de mis alumnas, espero hacer algo más en beneficio de una obra que requiere más adeptos en nuestro medio, reducido aún pero llamado a representar España con todas sus bellezas en estas tierras que tienen tanto de sus grandezas y de sus virtudes".

Seguimos dialogando bien impresionados por la sencillez y la cultura de la artista. Nos sobran preguntas y ella, siempre amena e interesante, nos responde ágil e inteligente. "Admiro a El Greco a quien aún no he visto personalmente como a ninguna figura de primer plano, pero sí tuve la ocasión de comprobar sus grandes aptitudes en la pantalla cinematográfica". Y es la verdad. El Greco, uno de los más importantes compañeros de la famosa Pilar López en el "Ballet Español" de fama mundial, es de lo mejor que tiene actualmente el teatro folklórico español, junto a Lola Flores, Elvira Luzena en el baile clásico y la gran pareja de Rosario y Antonio lo mejor de lo mejor en la materia, tal como la ha calificado lo más severo de la crítica mundial. Teresita sólo desea tener la oportunidad de ver actuar a estas famosas figuras, con las que sueña y a las que admira.

Pasando a los proyectos y al futuro, Teresita Linford siempre optimista nos responde: "Pretendo seguir con mi Escuela y pienso presentar el próximo año obras más serias abarcando el baile clásico español. He pensado varias veces en un viaje a España, pero prefiero postergarlo para cumplir así con el compromiso que he contraído con mis alumnas. Para entonces dejo la aspiración que tengo de conocer sobre todo Andalucía ; allí perfeccionarme en el baile flamenco que es lo que más me gusta. Las bulerías, las malagueñas, los fandanguillos, son de toda mi preferencia".

"Luego de cumplir este deseo, pretendo, como toda mujer, formar mi hogar y junto a los míos, seguir propagando el arte español bailable que por su belleza merece imponerse en nuestro ambiente que es tan español en todo".

Teresita Linford, la chica graciosa, bella y muy española, trabaja muchas horas al día. Atiende dos Academias, una en Miraflores y la otra en Sopocachi. Atiende a 85 alumnos y sus labores se prolongan varias horas al día. Cuenta entre sus alumnos con todas las edades. Desde los 6 y 7 años hasta parejas de matrimonios como los esposos Pinto".

"Difícil -nos dice a otra pregunta nuestra-, indicar cuales son mis mejores alumnos. Pero puedo asegurar que técnicamente y por sus condiciones especiales, irán muy lejos, si perseveran, María Eugenia Carrión, Martha Fiorilo, Mario Riveros, Marcos Martínez y Teresa Cárdenas".

En medio del bullicio en que se desarrolla nuestra conversación, surgen elogios a Teresita Linford. Se habla de España la tierra grande de grandes cosas. Intervienen todos en el más agradable ambiente. Requerimos a esos alumnos que han merecido la atención de la artista. Viene Marcos Martínez y ya ganada la puerta del salón, surge un "chaval" que no llega a los 7 años. Su madre allí presente, hace las presentaciones de estilo y el niño se muestra despierto desde un principio. Interrogado, responde con salero y dice que él baila las bulerías como nadie. Muestra sus preferencias y pasión por el arte taurino y dice que es la ropa lo que más le gusta. Dice q' le gustan por su valentía y gracia los novilleros Carlitos y Paquito Corpas a quienes vió en Francia. ¿En Francia? Sí, en Francia porque no conoce España siendo tan español hasta en sus preferencias, porque sus padres don Pedro Martínez y doña Dora Rodríguez de Martínez, se radicaron en ese país donde vivieron desde 1935 hasta emigrar a Bolivia. Allí nació Marcos, pero él dice que de no ser "bailaor" se dedicará a torero. La familia está integrada por dos hermanos más, Manolita y Mariano. Todo lo relata como niño en su forma y como hombre ya en su fondo. Dice que su profesora es buena y muy bonita.



Marcos Martínez Rodríguez

Marcos y su familia, se radicarán en nuestro país. Están contentos de la acogida que encontraron en estas tierras, donde el padre se dedica a sus actividades de chófer. Impaciente ante tanto diálogo, el "niño bailaor" reclama sus castañuelas y ocupando la amplia sala se lanza con fervor al zapateo y al gracioso aire andalúz en una interpretación que concluye obligado, pues por él sólo bailaría, bailaría. Temperamento español puro, en un niño que promete mucho.

Rosa María Mendoza y María Eugenia Carrión, son dos morenas salerosas y con toda la gracia del baile español. Lucen bellos trajes típicos y no les falta el menor detalle, hasta la flor confundida en la negra y risada cabellera. Son como ya lo dijimos, las mejores del conjunto. Realizan sus estudios con la mayor disciplina, porque ambas pretenden ascender a profesoras e intérpretes del baile español. También aspiran ir a España donde, según ellas, vivirán en el Albeniz, el Madrid, el Gran Vía, el Fontalba y cuantos otros teatros de Madrid, para no perder ni el menor detalle de las grandes figuras del teatro ibérico. Sólo una vez han actuado en público, y se proponen hacerlo nuevamente en breve pero siempre bajo la hábil dirección de Teresita Linford, en cuya Escuela se hallan satisfechas.

Mario Riveros Rodríguez tiene 17 años, de los cuales casi todos los ha dedicado a la práctica del baile en general, aunque sin dirección hasta hace muy poco tiempo. Alcira de Ricoy Soto fué su primera profesora, aunque por muy poco tiempo. Luego ingresó a la Academia de Teresa Linford, donde declara que ha obtenido todas sus enseñanzas y donde piensa continuar. A los 3 años de edad venció en un concurso infantil de zapateo realizado en el Teatro Municipal y en ocasión de celebrarse la fiesta de Carnaval. Siempre tuvo afición por el baile y su máxima aspiración fué siempre presentarse en público como lo hizo hace poco en nuestro principal coliseo. No ha tenido oportunidad de admirar grandes intérpretes, pero de lo poco que hasta la fecha ha visto, le gustan Teresa Linford y Miguel Treviño. Le gusta todo lo que sea música española, pero con preferencia la folklórica.



Mario Riveros Rodríguez

Pretende también abrir Academia y bailar siempre dedicándose a fondo e ingresando a todas las especialidades del género. Dice que baila con más gusto que ningún otro baile, todo lo andalúz y muy especialmente las bulerías y la zambra gitana. De las piezas populares españolas, le gustan "Francisco Alegre", "La Copla de la Dolores" y "Evocación a Manolete". No podía ser más flamenco...

Prefiere el manejo de las castañuelas, sin desechar el zapateo al que se dedica con toda intensidad.

Mario Riveros es, como se verá, de pasta auténticamente española.

Aunque no siempre cuenta con los recursos necesarios para cubrir gastos que son necesarios para su arte, se distingue por la elegancia de su vestuario. Y sobre todo, por la gracia de su arte, al que se entrega íntegro y decidido "apesar de las incomprensiones del ambiente" como él dice.

Los que hemos presenciado las últimas funciones de Teresita Linford, podemos asegurar que tanto ella como Mario Riveros y el pequeño Marcos, son la base del espectáculo. Demuestran grandes condiciones y el "salero" indispensable para el baile español. Flamencos puros, los tres tienen un gran porvenir y el campo abierto para hacer realidad un efectivo progreso en el arte escénico nacional.

Esta juventud, tenáz decidida, empeñosa y sobre todo con grandes condiciones, artísticas, merecen el aplauso de nuestro público, el apoyo de nuestras autoridades y la halagadora y a la vez honrada crítica de la prensa. Es la manera de ayudar a quienes han ingresado a un terreno difícil, en busca del triunfo definitivo que, de seguir adelante, está muy cerca ya.



María Eugenia Carrión



Rosa María Mendoza



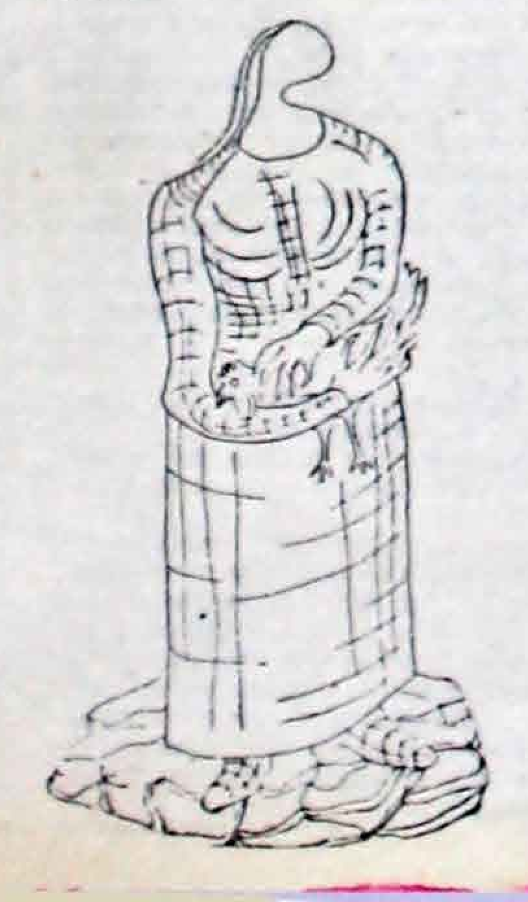
CONTRASTES QUE YO HE VISTO

Es el caso que una inquieta y linda mariposa se introduce, en la vida civil, por la abierta ventanilla de un tranvía que cruza la ciudad; y es de contemplar cómo todos los pasajeros, como alarmados de veras por la presencia súbita de la leve mariposa, se afanan por agarrarla o matarla sin más trámite que el injusto rigor y la inaudita crueldad de la rutina popular, que elimina la vida hasta a los insectos más inofensivos que hay en la creación. Nada importa a nadie la existencia del inocente animal, que no hace mal a nadie, a través de su poemático detener sobre la encendida o blanca corola de una flor; pero que más bien alegra la vista de todos con el espectáculo de su vuelo tembloroso y la admirable gracia de su cuerpo y de sus pintadas alas...

Pero también ocurre que, por la misma abierta ventanilla del tranvía, entra una nube de polvo, llena seguramente de las mil miasmas de los graves males que matan a los hombres y que luego no saben por qué mueren tan de pronto; y es de ver cómo nadie se agita ni se mueve siquiera intentando detener a la densa nube de polvo asesino, o que, por lo menos, al aspirarse, conspira contra la salud de todos... Y la sorpresa de uno sube de punto al comprobar cómo, sin embargo, a pesar del común peligro que se cierne sobre los pechos, todos se quedan tan tranquilos como contentos, diríase, no puede ser de otra cosa, que de su mala suerte de componer una multitud estulta...

¿No son éstos, acaso, decidme con franqueza, los contrastes de fondo violento, aunque de apariencia vulgarísima, que vemos repetirse frecuentemente, casi a cada hora y aún a cada instante, en el vasto escenario de la vida que alcanzamos a vivirla al parecer sin el ritmo de grandes ni de muchas preocupaciones?

Signo de incivilización y de atroz barbarie, que se trasluce en frases de uso cotidiano: ¡-Mata, de una pisada, a esa araña sucia, que va andando por el suelo: no es menester que viva!



Signo de civilización y de claro humanismo cristiano: ¡Deja a esa araña, que va caminando tranquilamente por el suelo: tiene derecho a la vida!

Hay muchos pobres animales, que no pican ni hacen mal alguno al hombre: ¿Por qué perseguirlos y castigarlos sin el menor motivo de culpa? ¿Por qué eliminarlos, como se los elimina, de un modo tan cruel como sistemático y absoluto?

Pero, aun aparte del mundo de las anomalías, el hombre sigue atentando contra el hombre, pese a ser su nobilísimo semejante; porque no ha podido salir todavía del marco oscuro, estrecho y miserable enunciado por Hombres.

Así la inocente mariposa es perseguida a muerte por cuantos la miran volar con vuelo juguetón y sutil, que de por sí deleita; pero, en cambio, nadie piensa en perseguir al ladrón que, hecho ráfaga de polvo insano, va robando desapercibidamente la preciosa salud de todos... ¡Oh gentes ridículas y extrañas, en su porte frío sin aire de verdadera extrañeza; pero de una manera de ser íntima más extraña todavía que la triste exhibición de su estulticia!

Al ojo de observación de mi sencillo parecer todos, con lastimosa inconsciencia, toleran en la muerte lenta y silenciosa de sí mismos. ¡Pero casi todos se irritan tristemente la existencia inofensiva de los pobres e inocentes animales! Misterios impenetrables de la vida y de la psicología nuestras!

La Paz, 18 de Diciembre de 1918.
Pastor Valencia Cabrera

¿Por qué Madariaga Difama al Libertador?

Viene de la página 1a.

Carrataiá, Villalobos, Monet, Gamba y otros; batalla en la que el mismo Virrey La Serna, admirado de la juventud, pericia y bravura del general Sucre, exclamó: "Y tan joven para tanta gloria!".

Sin transcribir toda la apreciación justiciera de Bolívar sobre esta brillante acción del Mariscal de Ayacucho, que dice en su parte saliente: "El ejército libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú y aún del Continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo", nos referimos a los juicios de un historiador y de un pensador, exentos de parcialidad: el español José María Rey de Castro, uno de los vencidos en Ayacucho, y José Enrique Rodó, el maestro de las juventudes de América. El primero, en sus "Memorias del Tiempo Heróico", al hablar de la capitulación de Ayacucho, confiesa hidalgamente que "la Historia fallará si es más grande el general Sucre como hombre de guerra en el campo de batalla, o como hombre político estipulando la capitulación". El segundo, en un ensayo sobre Bolívar, afirma que éste, con el impulso de Junín, triunfa por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan al alargar la empuñadura de las espadas rendidas, los títulos de aquella prodigiosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando".

Pues esta acción, admirable por todas luces, interpreta Madariaga con absoluta falta de honradez, al sostener que fue una simple "comedia" atribuyendo el triunfo a un acuerdo antelado entre el general español Monet y el general patriota Córdova, que, pocos antes del combate obtuvieron de sus respectivos jefes el permiso necesario para una entrevista de media hora, en que se abrazaron y despidieron como buenos y antiguos amigos junto con unos cincuenta soldados y oficiales de ambos bandos. "Esto sugiere, afirma Madriaga, una explicación: Monet vino a negociar la capitulación antes de la batalla. Sobre esta base todo resulta claro, la misma capitulación extraordinariamente generosa. ¿Qué podrían hacer los generales españoles sino rendirse antes o después?"

Nosotros podemos responder con la lógica de los hechos a esta torcida interpretación preguntando: ¿Y para qué sacrificar inútilmente, si se trataba de una simple comedia, los 1.800 cadáveres y 700 heridos del ejército español y los 370 muertos y 600 heridos del ejército libertador?. Bien dice don Vicente Lecuna en su obra monumental Crónica Razonada de las guerras de Bolívar, al hablar de la batalla de Ayacucho: "Las bajas de muertos y heridos del ejército real, acostumbrado a vencer durante muchos años, prueban que no cejó el campo sino después de haber realizado extraordinarios esfuerzos". El mismo General Sucre, cuya integridad moral no puede menos que reconocer Madariaga, confirma este concepto en el parte que envió al Libertador refiriendo que "tres horas de obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que S. E. se dignó confiar al Ejército Unido".

MONARQUIA DEMOCRATICA

Pasamos por alto los comentarios desfavorables que hace Madariaga de las últimas actuaciones políticas de nuestro héroe, bajo los títulos de "La tentación de la corona", "Rey sin corona", "Corona sin rey", en los que, recogiendo las infundadas acusaciones de los adversarios de Bolívar, hechas en libelos anónimos y escritos apócrifos o en memorias forjadas por la pasión de personas descontentas, como los oficiales Ducoudray Helstein y Gustavo Hippisley arrojados del ejército patriota por "intrigantes y desleales", le atribuye al Libertador el deseo de constituirse en Jefe Supremo de una monocracia en América, que equivale a decir gobierno absoluto de un solo hombre, suposición desvirtuada por aquél en sus reiteradas renuncias a la presidencia vitalicia que le ofrecían los pueblos que libertó y en las respuestas categóricas que les dió en varias oportunidades. Recordamos que en una de ellas les dijo: ¿"Me juzgáis tan insensato que cambiara el título de Libertador con el de Rey"?, y en otra: "Delirio es pensar en monarquías cuando nosotros mismos hemos ridiculizado tanto las coronas, y si fuere necesaria la adopción de semejante sistema, tenemos la Constitución de Bolivia que es una monarquía sin corona".

Esta última afirmación del Libertador constituye una interpretación sintética de su ideal político sobre la forma de gobierno que convenía a países en formación, que saliendo bruscamente de la servidumbre pasaban a la independencia, sin experiencia ni preparación para la vida democrática. Al estatuír un sistema de gobierno original constituido por cuatro poderes: electoral, legislativo, ejecutivo y judicial con un presidente vitalicio, adecuado a la psicología y modalidades del ambiente e inspirado en las prácticas de la monarquía inglesa y en los principios de las nuevas repúblicas de Francia y Estados Unidos,- quería Bolívar infundir unidad de pensamiento, de moral y de acción a los dirigentes del Estado, seleccionados entre los mejores, y asegurar la estabilidad de las instituciones públicas contra el desorden y la anarquía, sin pretensión alguna de su parte para perpetuarse en el poder, como interpretan sus impugnadores, con la circunstancia, además, de que no tenía el don de la ubicuidad para repartirse en el gobierno de cinco naciones. Los años corridos desde entonces, con una tragedia perpetua de asaltos del poder y la existencia de un espíritu revolucionario latente en todos los pueblos hispanoamericanos, muy especialmente en el nuestro, dan toda la razón a las previsiones del Libertador.

Considerando los estrechos límites de una conferencia, no deseo alargarla más analizando otros aspectos de esta obra difamatoria, cosa que podría dar lugar a un libro, pues hay tanto que contestar y rectificar a la filípica apasionada que lanza contra el Libertador. Los hombres que como Bolívar cumplieron una misión fecunda y extraordinaria en su vida, merecen la consideración y el respeto de todas las generaciones, sean propias o extrañas, y no ser manoseados por intereses subalternos y ocultos que no alcanzamos a explicar en un escritor que goza de ponderación en el campo de las letras.

Pudo Madariaga erigir perfectamente con esta obra su mejor monumento literario, si en vez de hacer un estudio crítico prevenido y hostil de Bolívar, se hubiera limitado a presentarlo escuetamente, con todos los secretos de su alma, inclusive con los que él mismo censura, sin exagerarlos ni subestimarlos, dejando a la propia apreciación del lector la vida, hechos y dichos del héroe, tal como aconseja la Biografía actual. Con todo, la crítica de Madariaga, que en su afán de disminuir la egregia figura de Bolívar, rebaja aún más la actuación de España en la Guerra de la Independencia, no desvirtúa en lo más mínimo la obra formidable del Libertador, cuyo genio resplandece con el sol a pesar de sus manchas, en medio de las sombras que se le interponen.

'LA RENUNCIA POSTUMA'

No terminaré este comentario, sobremanera escrito al calor de mi admiración al Superhombre, sin referirme al epílogo que, con el título de "La renuncia póstuma" corona su libro don Salvador de Madariaga. En un estilo declamatorio sugestivo, pero tendencioso y malévolo, hace hablar a Bolívar desde ultratumba en los siguientes términos entresacados de dicha peroración:

"Comparezco ante vosotros para presentaros la primera renuncia que hago con toda el alma. Desde aquí, sólo con toda el alma se puede hablar. Vengo a presentaros mi renuncia como Libertador.

"Libertador fue siempre mi título lo más excelso. O libertador o muerto, dijo mi hermana una vez. Hoy, entre vosotros, renuncio a ser Libertador porque quiero vivir... Yo no soy Libertador ni lo fui jamás.

Para libertaros, hubiera tenido que ser libre yo, pero ¿cómo daros la libertad si yo no la tenía?... La libertad es un don del cielo que no es dado sino a pocos poseer. Yo no nací entre esos elegidos. Mi cuna se meció entre las cadenas doradas del privilegio. Nací esclavo de la pasión de mando, menos libre, cómo hombre, que los negros que yo mismo libraba mi esclavitud siendo así que yo era más esclavo de ellos que ellos de mí.

"Toda mi vida fui esclavo de mis pasiones. No os hablaré de la más escandalosa, al fin y al cabo la más venial (se refiere a los amores de Bolívar con doña Manuelita Sáenz, la libertadora del Libertador); sólo de pasada os recordaré que desde el día en que entré en Quito fui atado a una mujer con cadena de rosas sin que ni las espinas que ocultaba me la hicieran menos llevadera. Pero padecí otras que me tiranizaron mucho más. Fui cruel. No lo negaréis. Ya desde aquí, ¿para qué me serviría vuestro piadoso disimulo?. Fui cruel con los españoles, y tanto que un día exclamé: "Después de haber hecho el Nerón contra los españoles, me basta de sangre". Fui cruel con los indios, y porque se cruzaron en mi camino los de Pasto, los hice exterminar.

"Fui ambicioso; y para satisfacer mi ambición, no vacilé en desgarrar, apenas seca su tinta, constituciones que había jurado respetar; ni me tembló la mano al vaciar los hogares de su juventud por la recluta forzosa ni al desolar los campos y las ciudades con los horrores de la guerra. Crucé los Andes sobre una hecatombe y tomé a Guayaquil sobre...

"Esclavo de mis pasiones, ¿cómo hubiera podido libertaros?. Así pues no os liberté. Desgarré con la espada una tradición trisecular que entretejía vuestras discordias libertades en un cañamazo social desde la Historia había bordado un gran diseño hispanoindio. Pero la espada no teje ni borda y cuando quise rehacer en tres años lo que España había hecho en tres siglos, la abigarrada maraña de hilachas humanas de aquel diseño roto, transfigurada en hidra demagógica, me devoró el corazón y me arrojó a la sepultura"...

EL MANIFIESTO AUTENTICO

En respuesta a esta "renuncia póstuma" fraguada por la pasión, el nacionalismo estrecho y el evidente resentimiento de un escritor considerado, nosotros reconstruimos el manifiesto auténtico del Libertador, concordante con los principios, ideales y hechos que en vida practicó. Helo aquí:

Conciudadanos:

Al borde de la tumba, donde se enciende la luz de la verdad, os dirijo mi último y definitivo mensaje, concebido con la serenidad que me da la vida bien orientada que llevé en servicio de la libertad del Nuevo Mundo.

Quienes afirman que "el título de Libertador fue siempre para mí el más excelso", no se equivocan, aunque lo hagan con cierto disimulo. Realmente mi hermana me recordó lo que dije una vez: "O libertador o muerto"; y cuando los pueblos, en el delirio de su admiración por mi obra, querían proclamarme "Emperador de los Andes", yo rechacé el homenaje indicando que "el título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano".

Libertador fui desde que en la cima del Monte Sacro, frente al panorama admirable y evocador de la Ciudad Eterna, juré en manos de mi maestro don Simón Rodríguez, "por el Dios de mis padres, por ellos, por mi honor y por mi patria, no dar descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta no romper las cadenas con que nos oprimía por voluntad el poder español".

Cumpliendo con esa promesa solemne, después de quince años de lucha desigual y constante, en la que hubo que verter necesariamente torrentes de sangre, mi espada, -espada de justicia y liberación,- que si bien no tejió ni bordó ningún diseño de simples promesas en el papel, limpió de tiranos y explotadores la trama de la sociedad colonial paralizada en el desarrollo normal de la cultura pacífica y floreciente de los Incas, a la vez que libertó a Venezuela en Carabobo, a Colombia en Boyacá, al Perú en Junín y, con la espada de Sucre, al Ecuador en Pichincha y a Bolivia en Ayacucho. El brillo de mi espada iluminó a perpetuidad con sus destellos a todo el continente, porque con las dos últimas batallas quedó exterminado para siempre el dominio peninsular.

¿Quién puede entonces arrebatarme el título legítimo que ostento de Libertador?. Si "la libertad es un dón del cielo que no es dado si no a pocos poseer", ya nací entre esos elegidos y así lo demostré en el curso de mi existencia: en mis rebeldías de niño, en mis viajes juveniles por Europa, en mis amores profanos, en mis sacrificios por la emancipación, en la creación de cinco repúblicas, en las Constituciones liberales que dicté y cumplí, en mi sueño permanente de realizar la solidaridad continental y levantar la estatua radiosa del Derecho Americano, y en la fe que aun mantengo en los destinos de la tierra inmensa donde nací.

Los detractores que me acusan de ambición de poder, lo hacen llevados por ocultos sentimientos sin grandeza. "Si tuve ambición, fue para plantar la libertad donde antes reinaba la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: la reputación de mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono".

LA GLORIA INMARCESIBLE Y TUTELAR DE BOLIVAR

Estas últimas palabras, que son las propias de Bolívar, son suficientes para acallar las falsas y osadas imputaciones que le hace el señor de Madariaga. No negamos que el Libertador como tal, hubiera cometido muchos errores militares y políticos, ni que como hombre hubiera tenido muchos defectos; pero ante las lumbres de su genio y la grandiosidad de su labor redentora, no podemos, no debemos, menos que comprenderle. En la vida de un hombre, y más si se trata de un personaje histórico, lo que vale son sus virtudes, sus bondades, sus aciertos, sus obras. ¿A qué recordar entonces el orgullo del Libertador, su pasión por la gloria, su fiereza para atacar al enemigo, su severidad para juzgar a los vencidos, traidores y desobedientes, las contradicciones de su manera de pensar a que le condujeron los valvenes de la vida, sus deslices amorosos y demás debilidades humanas?. ¡Hay en su actuación de hombre público bellezas de sobra para borrar tales lunares!

Por otra parte, Bolívar representa el genio de la raza, la síntesis del pueblo y del ambiente hispanoamericano. De España heredó el valor, la pasión y el espíritu de dominio; del autóctono, la generosidad, la ternura y la serenidad; y del trópico, la exhuberancia, el ímpetu y la renovación constante. De ahí que fuese un héroe complejo con las cualidades más divergentes y contradictorias, guiadas por el hálito glorioso del ensueño. Tal era la claridad y la rapidez de su inteligencia, que le hacía amoldarse a los factores del medio y a las circunstancias del momento. Podía pasar fácilmente del rigor a la misericordia, del ímpetu a la serenidad, del furor a la alegría. Tales los casos de la declaratoria de "guerra a muerte" y el armisticio de Santa Ana.

Psicoanalíticamente considerado, Bolívar era el tipo del hombre extravertido que pone todas sus energías en servicio de una causa social para su propia satisfacción. Su carácter, en general violento como el alud de nuestras montañas, impetuoso como el torrente de nuestras quiebras, y arrollador como el huracán embravecido de nuestros llanos, tenía tal influencia dominadora que arrastró hipnotizadas a las multitudes hacia las más inverosímiles proezas hasta alcanzar la victoria final de la independencia.

Su pasión exaltada por este ideal y su talento organizador, le hicieron amalgamar en sus legiones "a los Bayardos, sin miedo y sin tacha, como el General Sucre, y a los sedientos de sangre española como Briceño y Arismendi, así como a la mayoría de los llaneros que, unos cuantos años antes, bajo las órdenes de Boves, habían superado con sus devastaciones a las hordas de Atila". Lo más asombroso de su genio, repetimos, está en haber aprovechado todas estas fuerzas dispares en favor de la libertad.

En presencia de gloria tan excelsa, cuya fama trascendió a las extremidades del orbe y a los términos de la Historia, no es necesario en verdad rebuscar frases líricas ni vocablos relumbrantes. Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia y aún Panamá, son hechos reales y elocuentes que proclaman un derecho claro, enorme y trascendental: el derecho de los pueblos a gozar de su autonomía.

Las Constituciones de la Gran Colombia y de Bolivia junto con la convocatoria al Congreso de Panamá, son argumentos incontrastables de su clarividencia política y de su alto espíritu democrático fundado en lo que hoy se denomina gobierno de élites sociales. Con razón Jorge Wáshington Curtis, al enviar a Bolívar por intermedio del Marqués de La Fayette, un estuche de oro con una medalla que recibió de los Estados Unidos su padre adoptivo y el retrato en miniatura del mismo, puso en la cubierta esta inscripción: "El hijo adoptivo del Libertador de Norte América, obsequia este retrato a aquél que ha alcanzado una gloria igual en Sur América". Con razón Herriot, el ilustre político francés, considera a Bolívar como al genuino precursor de la Sociedad de Naciones y del Arbitraje Internacional. Con razón esta institución declaró en Ginebra que "el verdadero inspirador de su existencia fue el Libertador y que su sombra augusta aún se proyecta sobre el universo para señalarle rutas de Libertad, Justicia y Redención". Con razón el Presidente Roosevelt, invocando el ideal internacional de Bolívar, se propuso y consiguió organizar la alianza de las tres Américas, y, mas tarde, en San Francisco, la formación de las Naciones Unidas que trabajan por un mundo mejor.

La gigante figura de Bolívar se hiergue en la Historia como la cumbre más alta de nuestras cordilleras, como el Illimani inmenso cuyos 3 picos inmaculados e inaccesibles, perfilan las 3 virtudes sobresalientes del Libertador: su amor entrañable a la libertad, su carácter de acero para conquistarla y su clara visión de estadista para organizarla. Y ya que hablamos en sentido figurado, podemos agregar, para completar el símil, que Bolívar es el Prometeo encadenado en nuestras montañas, a quien no pudieron ni pueden alcanzar a devorarle los buitres de la reacción.

Delante de esta augusta imagen de Bolívar, consagrado por América como el Padre y Protector de la Patria y colocado por el consenso universal entre los grandes benefactores de la humanidad, no cabe pues, revivir críticas olvidadas, acerbas e injuriosas, que sólo ocasionan el enturbiamiento de las relaciones amistosas entre los países bolivarianos y la Madre Patria, en momentos en que es más urgente afianzar los lazos de la Unión Iberoamericana, simbolizada bellamente en la "Fiesta de la Raza".

La sensatez y el patriotismo aconsejan que sobre las cenizas de Bolívar, hijo de España y América, y ya lejano el recuerdo de la lucha y ahogado el rencor en la amplia generosidad de ambos pueblos, debemos reconciliarnos, de una vez por todas, españoles y americanos. Y sacudiendo ese sopor de incomprensión y pasividad que todavía queda entre nosotros, hagamos surgir nuestras patrias serenas y luminosas, para que se incorporen a la marcha del mundo y a la vida del trabajo, de la justicia, de la paz, de la civilización y la cultura.

La Paz, noviembre de 1951.

Martín Fierro, el Quijote de las Pampas

Por F. PRIEGUE ROMERO

II

Alguien ha dicho que Martín Fierro, como expresión del alma gaucha, era fundamentalmente un revolucionario. Nada más erróneo. El gaucho podrá entreverarse en una revolución, pero ser revolucionario por metodismo, sujeto a éste o aquel principio, es tendencia ajena completamente a su psicología. El es un rebelde por antonomasia; de una rebeldía rayana en la anarquía, pero ante todo, cree en Dios, a su modo. Sin dogmatismos ni fábricas de fe, el gaucho es un panteísta, como todo hombre que vive en contacto con la naturaleza. Y por ello, esa tendencia natural del espíritu, por momentos se contagia de superstición y suele derivar a la tendencia del fatalismo y de la socarronería. Sin embargo, como el Hombre en su más amplia expresión está siempre presente, con sus virtudes y defectos, el gaucho, jamás renuncia a la vida, a condición de que en la partida se juegue algo sustancial, que él comprenda y sienta. Sabe jugarse la vida por la amistad o simplemente por una palabra, pero jamás por intereses bastardos. Y, así, nos lo dice Martín Fierro:

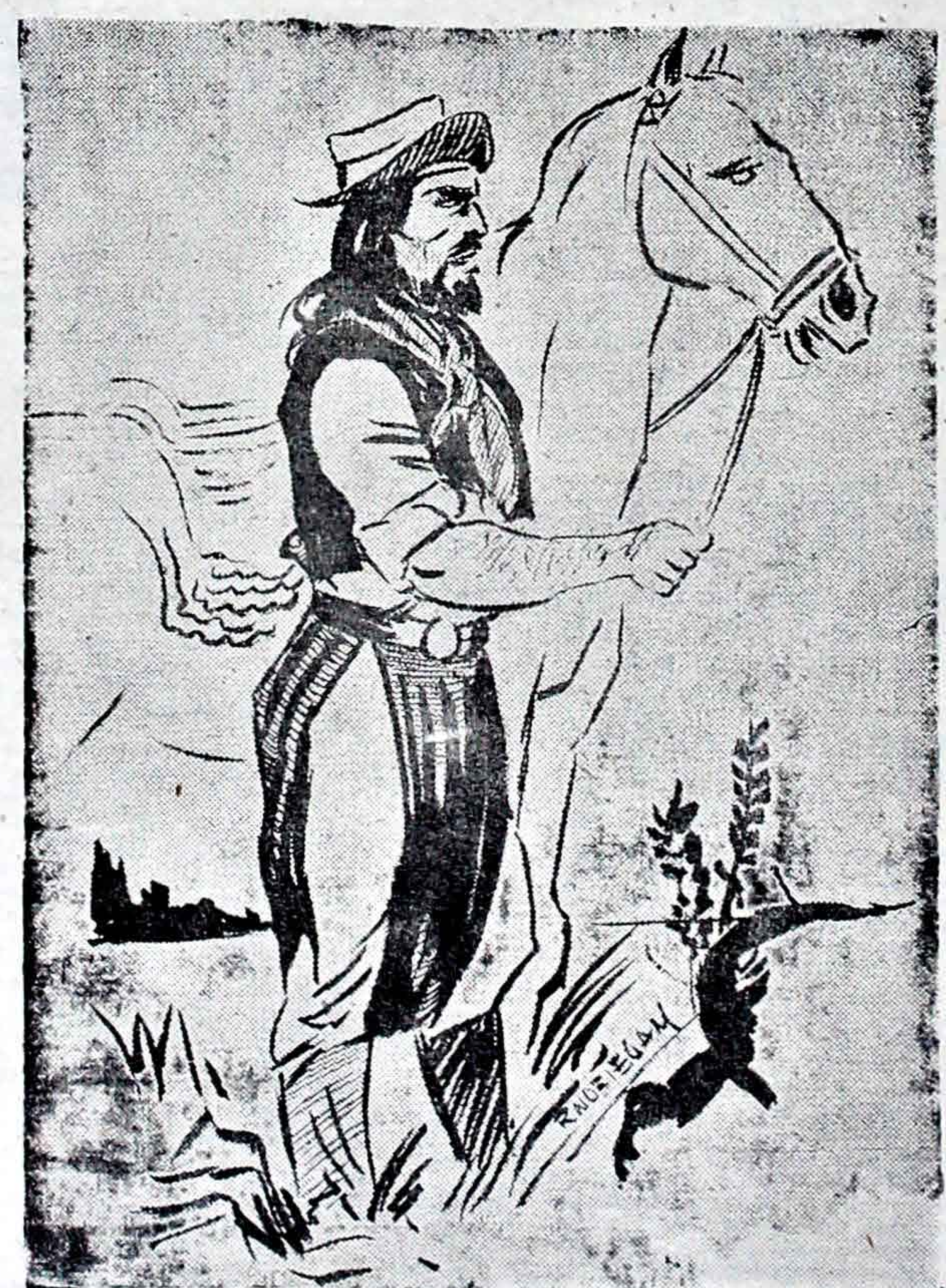
"Pues que de todos los bienes
en mi ignorancia lo infiero,
que le dió al hombre primero
su divina majestad;
la palabra es lo primero,
lo segundo... ¡la amistad!

Y para contradecir aquel sentimiento fatalista de que hablábamos, como una evidencia terminante del sentido de firme individualidad del gaucho, que sabe soportar todos los rigores de la vida; aunque en ellos vaya una queja, pero siempre con decisión irrenunciable, oigamos estos versos de Martín Fierro:

"De ese modo nos hallamos
empeñados en la partida;
no hay que darla por perdida
por dura que sea la suerte,
ni que pensar en la muerte
sino en soportar la vida.
"Pero por más que uno sufra
un rigor que lo atormente,
no debe bajar la frente
nunca, por ningún motivo;
el álamo es más altivo
y gime constantemente.

He ahí resumido en los precitados versos el sentimiento gaucho, que, a despecho de algunas opiniones, no es derrotista, sino de un fatalismo de naturaleza potencial; ni es indolente, sino de una bohemia espiritual que le impele a descansar cuando se le antoja no hacer nada. Sólo se agiganta cuando suenan en su alma las clarinadas que lo acicatean a la lucha por algo que sea de él o de los suyos o sencillamente humano pero es reacio a defender causas que no siente, a luchar por intereses ajenos o a morir por todo aquello que no sea por su palabra o por su dignidad. El gaucho no es carne de cañón, porque es esencialmente individualista. Y por ello, no es revolucionario, sino un rebelde potencial.

Muchas veces se ha confundido al tipo nato argentino con el personaje del tango. No, el verdadero tipo argentino, tan poco conocido en el exterior es el tipo de tierra adentro, el tipo Martín Fierro. El tango, sí, es fatalista, camorrero y compadrón, pero no es totalmente argentino. Las volutas de humo de los bodegones lo adormecieron y los compadritos novecentistas le otorgaron carta de ciudadanía. Entre facones y ginebra se fué amalgamando con sentimientos de tierra adentro; mezcla de habanera y de candombe, su ritmo penetró en el corazón de las ciudades, conquistó finalmente las lujosas "boites" y le dieron patente de salón. Pero la música gaucha es otra, y la poesía gaucha es distinta a la letra del tango, pues si bien éste se embriagó de madrugadas en el Paseo Colón y en los cafetines de la Boca, la música y la poesía verdaderamente autóctonas, respiraron aire limpio de las pampas; nacieron en el remanso de los ríos y se arrullaron con cantos de calandrias. Allí, en esencial contacto con la naturaleza incontaminada, nacieron la poesía y la música gauchas; la que no se contamina de "cocteles" ni del humo de cigarrillos rubios. Tiene sabor de mate amargo, a veces, pero siempre musicalidad y forma de vidalitas.



* * *

Y si consideramos al gaucho Martín Fierro como filósofo, hemos de hallar en él la indiscutible identificación con el Quijote, porque el gaucho al fin, es fruto genuino del coloniaje, heredad española y mezcla de aborigen, heredó de allá el profundo sentido individualista de hacer y decir lo que "se le dá la real gana", y de acá, el sano panteísmo y el amor por la libertad, sentimientos tan consustanciales a la psicología americana.

Los "consejos del viejo Vizcacha", mucho parecido tienen con los que don Quijote dió al amigo escudero Sancho Panza, cuando fué a gobernar la imaginaria Isla Barataria. Aunque Martín Fierro, resume a la vez, las dos corrientes humanas que Cervantes puso en el alma de dos personajes contradictorios aparencialmente, pero que forman la razón de ser individual de toda una raza, o más bien, de una corriente humana abarca varias nacionalidades, porque ni el Quijote es exclusivamente español, ni Martín Fierro, absolutamente argentino. Aquel, podríamos llamarle más ampliamente, latino, pues si bien podéis encontrar a un español que tenga algo de sajón o de otra cualquier tendencia racial, difícilmente hallaréis a un latino que no tenga algo de Quijote. Por eso decía, más que una raza, somos una corriente humana, y muy lejos de avergonzarnos de ella debemos enorgullecernos.

Pues bien; en los "Consejos del Viejo Vizcacha", está sintetizada toda la sabiduría gaucha. Es la otra parte de Martín Fierro. Diríamos el otro Yo, en términos psicoanalíticos, pero en suma, es la personalidad humana, amalgamada de fantasía y realidad, que, en tanto Cervantes la distribuyó en dos personajes. Hernández, los identificó en uno solo. Estos "consejos", que forman la médula del Martín Fierro, escritos con la sencillez del lenguaje gauchesco, tienen a veces la profundidad aristotélica, y por momentos, el sentido satírico de un Oscar Wilde o de un Pitigrilli. Aquí van algunos escogidos al azar, como torcazas lanzadas a libre vuelo:

"El primer cuidado del hombre
es defender el pellejo.
Llevate de mi consejo,
fijate bien en lo que hablo;
el diablo sabe por diablo,
pero más sabe por viejo.

"Hacéte amigo del juez;
no le dés de que quejarse;
y cuando quiera enojarse
vos te debés encoger,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse.

"No andés cambiando de cueva;
hacé lo que hace el ratón.
Conservate en el rincón
en que empezó tu asistencia;
vaca que cambia querencia
se atrasa en la aparición

"A naides tengás envidia;
es muy triste el envidiar;
cuando veás a otro ganar,
a estorbarlo no te metás;
cada lechón en su teta
ve el modo de mamar.

"Si buscás vivir tranquilo
dedicate a solterear,
más si te querés casar,
con esta alvertencia sea;
que es muy difícil guardar
prienda que otros codicean.

Podría decirse que en estos versos hay mucho de Sancho Panza, por el realismo del gaucho en sus concepciones y por sus aforismo de penetración y acierto, pero ya hemos dicho que si bien a Sancho se le confunde a veces con actos y expresiones ramplonas, él era tan Quijote como su amo, pues no puede concebirse a éste sin su fiel escudero. Porque no es menos sublime la fe del criado en las locuras del amo, que las locuras mismas. El Quijote y Sancho Panza, son uno solo, consustanciados. Aunque ello sea una paradoja, diríase que Sancho es el subconciente del Caballero de la Mancha, porque para él lo conciente era la humana locura que va en pos de la Justicia y de la Gloria. Y ambos, se nutren del espíritu de una raza, de una modalidad particular de vida; que es altruísta y espiritual; que tiene como medio el arrojo y el heroísmo; y como fin, la Justicia. Esencia que ha nutrido las venas de la raza hispano-americana, porque los hombres, por libres y modernos que seamos, no hemos de pretender renunciar, y menos negar, las fuentes de nuestra procedencia, porque ello sería implícitamente negar la vida misma.

De ahí que Martín Fierro, como fiel heredero del pueblo español, amalgamado a lo autóctono, es un Quijote y un Sancho Panza, a la vez. Personalidad definida, recia, que lleva en sí la triple condición de rebelde, poeta y filósofo. El Quijote y Martín Fierro, siendo típicamente regionales, son profundamente universales. Este regresó del desierto cansado y maltrecho, pero él a pesar de su confesión y de sus esperanzas frustradas, igual que el Caballero de la Triste Figura, no ha podido vislumbrar lo que sus andanzas habrían de dejar para la posteridad.

El Quijote, es el portador del alma inmortal de España.

Y Martín Fierro, el más fiel depositario en América, de esa misma alma.

Y ambos, siendo tan regionales, han sido traducidos a los principales idiomas del Mundo. Ultimamente Martín Fierro, troteó en su pingo, y se adentró en las bibliotecas y escuelas japonesas. Quizá pueda negarse la afinidad que existe entre el gaucho y el japonés, sin embargo el gaucho esencialmente humano es universal.